

— ¡Pero vais á quemarle? — exclamó la joven asustada.

— Es un medio excelente, señorita; tanto más indicado ahora cuanto que no tenemos tiempo que perder.

Preciso es creer que el medio empleado por Sed de Amor era en verdad expeditivo, por cuanto al repetir las ocho campanadas el reloj de San Honorato, Carlos de Entragues, vuelto en sí de su desmayo, Jannie de Goulaine y el salvador de ambos, hallábanse ya en la calle del Gallo.

Bernardo habló brevemente :

— Señor de Entragues, — dijo — creo que obraréis cuerdamente tomando á la derecha; alguien llega por el lado izquierdo.

Y Entragues dijo á su vez :

— Os debo, caballero, mucho más de lo que de mí aceptasteis. ¿No queréis acompañarnos?

— De ningún modo, conde. Y puesto que ya estáis en posesión de vuestra dicha, permitidme que corra yo á mi vez en busca de la mía.

Carlos y Jannie se alejaron.

Disponíase Sed de Amor á hacer lo mismo, cuando un hombre, surgiendo del cono de sombra, acercóse á la puerta del Hotel y golpeó con el aldabón, gritando enseguida :

— ¡Señor de Balzac, conde de Entragues, si no sois un cobarde, abrid en el acto al marqués Luis de Villequier!

XV

EN LA CUMBRE DEL CALVARIO

La Casa de la ciudad ha representado siempre papel importantísimo en todas las fases de la historia de París.

Como el palacio municipal, cuya primera piedra pusiera con gran pompa Francisco I, empezaba apenas á elevarse sobre sus cimientos en la época en que ocurren los sucesos que relatamos, los concejales de la ciudad y los prebostes de los mercaderes hallábanse aún instalados, como es natural, en la casa comprada con este objeto por Esteban Marcel en 1357.

Dicha casa, conocida con el nombre de Locutorio de los burgueses ó Casa de los pilares, por el gran número de estos que sostenían su primer piso, hallábase situada en uno de los lados de la Plaza de Greve, que en castellano sería de la huelga.

Dicho edificio, ruinoso ya en aquel entonces, resultaba pequeño, insuficiente para el objeto á que se le desti-

naba. Sin embargo, en espera de la terminación del nuevo palacio, seguía reuniéndose en él el concejo, no sólo para celebrar sus sesiones, sino para dar en él frecuentes fiestas.

Y es que la casa de los pilares no dejaba de ser espaciosa si hemos de creer á Saval, quien pretende que además de buen número de pequeñas habitaciones contenía dos salas de honor, un departamento para la milicia burguesa, una cámara de audiencia, y cerca de la capilla artesonada, una sala de fiestas bastante capaz para recibir buen número de invitados.

En el momento en que conducimos al lector hasta la plaza, frente al Hotel de la villa, hallábase aquella poblada por gran número de curiosos ávidos de admirar los preparativos hechos por el municipio para la fiesta del siguiente día, y de recoger al mismo tiempo todos los posibles pormenores acerca de lo que hubiera podido motivar el tumulto de aquella mañana, enterándose de paso de si era ó no cierto como se aseguraba, que el rey había decidido no acudir á la proyectada fiesta, protestando de este modo contra el insulto hecho horas antes á su real persona.

Matraca, arrastrando á su Rucio, reconquistado por fin á favor del tumulto de que queda hecho mérito, procuraba abrirse paso entre los grupos, mendigando noticias de las que esperaba obtener más tarde algún provecho. Y puesto que de Matraca hablamos, diremos en este punto que habíase desembarazado á puñetazos del maltrecho Juan du Gaz, quien como sabemos cabalgaba el Rucio cuando lo vimos aparecer espectralmente en

la calle de San Antonio, abandonándolo en un lugar solitario inmediato á los cultivos de Santa Catalina.

Libre pues de cuidados y lamentando tan sólo la ausencia de su compadre Cortomontel, disponíase Matraca á buscar concienzudamente á su amo y señor el caballero de Arma, cuando al acercarse al Locutorio de los burgueses, detúvole una voz que parecía llegar de lo alto.

— ¡Gentes de París, oid esto! — decía la voz.

Matraca levantó la cabeza. Un hombre, un dignatario municipal sin duda, acababa de aparecer en el último peldaño del peristilo. En la mano tenía un pergamino del que disponíase á dar lectura.

Todas las cabezas volviéronse hacia él, haciéndose inmediatamente el silencio entre los que hablaban.

— Gentes de París, — repitió el hombre con voz estentórea; — el incalificable atentado cometido esta mañana por unos miserables en la calle de San Antonio ha tenido como consecuencia hacer pensar á nuestro señor el rey, que tal vez su persona no estaría muy segura entre los buenos vecinos de la ciudad y en la casa del pueblo. Por eso queda suprimido el baile que debía celebrarse aquí...

— ¡Oh, oh! — dijeron varios de los oyentes.

— Sin embargo, — siguió diciendo el heraldo — deseoso el rey de mostrarnos su gran benevolencia y de probar á sus fieles súbditos de la ciudad y de la universidad que no los tiene por sospechosos, así como de que las honestas damas puedan lucir las galas que con tal objeto prepararon, su graciosa majestad hace saber

al gran preboste de los mercaderes que consentirá en acudir á la fiesta siempre que ésta se celebre en la orilla opuesta del río...

— Bien está, — interrumpió un picapedrero. — La Universidad es bien grande.

— Y no son pocos los Hoteles donde puede darse la fiesta.

Cada cual quiso dar su parecer.

— El Hotel de Nevers, por ejemplo; — dijo uno. — En la calle de San Andrés.

— Los de Rouen y de Givors en la del Pavo.

— El de Rieux, en la de los Agustinos.

— El de Borgoña, en la de los Cordeleros.

— He ahí una voz, — dijo Matraca, que no me es desconocida. Anda, Rucio, vamos á saludar al maestro Lapalice...

El heraldo, que habíase interrumpido un momento, continuó:

— Nada de eso, amigos míos; el rey ha señalado el sitio que prefiere para la celebración de la fiesta, sitio que con seguridad no adivináis, estoy de ello seguro.

— No apuestes sin embargo, porque podrías perder, buen hombre; — dijo alguien detrás de Matraca.

— ¿Lo sabéis vos acaso, señor gentilhombre?

— Claro que lo sé. Y si vuestros tapiceros quieren haber acabado á tiempo su tarea de adornistas, ya pueden darse prisa en ir á preparar la torre Hamelin.

Esta palabras causaron general sorpresa.

— ¡La torre de Nesle! — exclamaban todos. — ¡El rey quiere bailar en la torre de Nesle!

Matraca, llevando siempre á remolque su cuadrúpedo habíase abierto paso hasta llegar junto al gentilhombre tan bien informado, al que saludó efusivamente.

— Ya iba siendo hora de que me topase con vos; — dijo.

El otro lo rechazó, mirándole con supremo desprecio, y sin contestarle, se perdió entre la multitud que comenzaba á desfilar comentando la regia resolución.

— ¡Hasta mañana! — decían unos.

— Sí; hasta mañana por la noche; — les era contestado. — Otras cuantas horas de orgía en la célebre torre.

Esta última frase despertó á Matraca, quien aún no había vuelto del asombro que le produjera su corto diálogo con el que él creyó ser Bernardo de Arma, y miró en torno suyo.

La plaza quedó vacía como por encanto; sin embargo, el bearnés distinguió una sombra que se perfilaba entre el sitio por él ocupado y la columna erigida en memoria de la degollación del conde de San Pol.

— ¿Sois vos, barón? — preguntó sin atreverse á mirar.

— ¿Que si soy yo? — contestó la sombra — ¡Tripas y cuernos! ¿Y cómo no he de ser yo, sangre de víbora? Por lo visto andáis barbotantinizando, señor barón Botán.

— Nada tendría de particular que me hubiese equivocado; precisamente hace un instante que creí reconocer...

— ¿A quién?

— Al señor caballero.

— ¿A mi intrépido vencedor? ¡Pies de ballena! ¿Y qué, os habéis equivocado? ¿Tanto se le parecía ese quidam?

— Sí, mucho, pero mucho. Y ahora que pienso en ello, sabed que ese individuo se parece asimismo como una gota de agua á otra, al bribonazo á quien el señor caballero derribó en la plazuela del castillo de Chaumont.

— ¡Ah, sí! Cuando rescató á la hija de Pedro Mirot...

— Precisamente; la mudita del cercado de los Car-tujos.

— Barón Botán, amigo mío, — dijo Cortomontel olvidándose de jurar, — ¿sabéis que eso es muy grave? Vamos á ver: ¿habéis pensado á quién puede pertenecer esa cara que ha sido causa de que os equivoquéis?

— Pero si acabo de indicároslo...

— Nada me habéis dicho en concreto, estúpido barril de manteca, quiero decir, excelente y buen amigo; ese individuo tan parecido al señor caballero, no puede, no debe ser otro que el abominable Sed de Sangre.

— ¡Ventre de pulga! — exclamó Matraca consternado.

— Poco á poco, calma, amigo mío, y dejaos de jurar, ¡truenos y rayos! porque es esa una deplorable costumbre. Y puesto que por lo visto se halla en Paris Sed de Sangre, lo mejor que podemos hacer es prevenir cuanto antes al señor caballero de Arma.

Si en una prima demasiado apretada por la clavija se rompe uno de los hilos, los demás siguen inmediatamente su ejemplo.

Lo mismo sucede con nuestras cuerdas morales. Que el esfuerzo que deben soportar aumente sin tregua y se romperán, sin que sea posible evitarlo, en un momento dado.

Ese momento hubo de llegar para la marquesa Maria. Entre ella y el señor de Villanueva habíase desarrollado una escena terrible, en presencia de su hija, apenas se hubo retirado Sed de Amor terminada la visita de que dimos cuenta en uno de los capítulos anteriores.

Insistiendo en la pretensión ya iniciada por él, el gran marqués designó abiertamente al duque Rolando de Saboya-Nemours como á su futuro yerno.

Entonces habíase interpuesto Maria, templada para la lucha y á la lucha decidida, haciendo valer sus derechos de madre para defender á Solange contra un pretendiente que su instinto maternal adivinaba como sospechoso. Por desgracia para ella, no se vió secundada en su generoso esfuerzo. Solange, olvidando su formal promesa, se abstuvo de intervenir, permaneciendo silenciosa, en tanto que, cansado ya de la penosa escena, el gran marqués se alejaba dando portazos y gritando por los corredores que él sabría imponer su voluntad á la esposa rebelde.

Esta esperaba hallar una compensación á tales dolores en la ternura de su hija, á la que no había de costarle trabajo persuadir — por lo menos así se lo

imaginaba ella — de que el proyectado matrimonio sería necesariamente funesto; pero Solange á su vez habíase alejado en la estela de aquel hombre implacable y duro, cuyas ideas compartía, y que no era, no podía ser su padre.

Algo más tarde, desde las ventanas de su aposento, la marquesa María pudo ver cómo Solange hablaba en el parque con un joven gentilhomme, y sin poder evitarlo, hubo de estremecerse.

Dicho gentilhomme, visto desde lejos, podía ser confundido con Bernardo de Arma, viviente retrato de Blanca de Armañac, su hermana, más que su amiga; y sin embargo, la marquesa experimentaba la impresión de que entre el joven que ella veía y el de Arma no podía existir nada común; la de que el primero le sería fatal, mientras que sentíase capaz de querer al segundo.

Algo más tarde, cuando las sombras de la noche envolvieron el parque, sin que la marquesa hubiera podido ver las caras de los interlocutores, pudo interceptar algunas palabras de un diálogo sostenido entre miss Huming y un hombre; el mismo sin duda con quien viera hablar á Solange poco antes.

¡Horror! Con las pocas palabras sorprendidas en un instante, la marquesa pudo reconstituir algo espantoso: Solange, seducida por los personales encantos del duque de Nemours, hallábase dispuesta á seguirle, si él consideraba oportuno simular un rapto.

Este descubrimiento fué para la noble mujer algo así como el golpe de gracia tras los dolores recientemente

sufridos. La sangre refluyó del corazón á la cabeza, y perdido el conocimiento María cayó como una masa.

¿Cuánto tiempo duró el síncope? Imposible precisararlo. Pasaron las horas, y como, en la habitación, invadida por la obscuridad, reinaba el silencio más absoluto, la vieja Peiragude, inquieta al ver que su señora no bajaba al comedor, se decidió á subir para enterarse de lo que ocurrir pudiera, y la luz que en la mano llevaba alumbró el cuerpo de la marquesa tendida en el suelo y respirando con gran dificultad.

— ¡Válganos la Santa Virgen! — exclamó Francisca. — ¿Qué es lo que ha podido ocurrir á la señora, y cómo la han dejado así, sola y medio muerta? Noble dama, — añadió sacudiendo el inerte cuerpo con vigor sólo comparable á su gran abnegación — decidme, ¿qué es lo que os aflige? Despertad, por los clavos de Cristo, ó he de irme en busca de un físico que os despierte á la fuerza... ¡Bondad del cielo, y cuán poca cosa es nuestro cuerpo miserable! He aquí uno que diríase ya agotado...

Francisca ignoraba el uso de las sales. En cambio sus puños valían por todos los revulsivos del mundo.

Aflojados sus vestidos y frotada concienzudamente por la cándida y antigua servidora, la señora de Villanueva-Marsan volvió por fin á la vida, al mismo tiempo que al sentimiento del dolor.

— Gracias, buena Francisca, — dijo levantándose con ayuda de la Peiragude. — ¿Qué hora es?

— Muy cerca de las nueve de la noche, noble dama. ¿Puedo preparar la cena?

La marquesa habíase sentado ante una mesita, tomando la cabeza entre sus manos.

— ¿Es preciso, señor, sufrir tanto para morir? — murmuraba.

Francisca la miró y enjugando una lágrima con el delantal, decía para sus adentros:

— La verdad es que monseñor está muy cambiado; no es lo que fué en otro tiempo y la noble dama se desespera. ¡Mentira parece que la paja de los calabozos pueda cambiar á un hombre de ese modo!

Dejóse oír en este punto la voz de la marquesa.

— ¿Está mi hija en su cuarto? — preguntó.

— Ciertamente, señoría; y con seguridad que la pobre niña duerme ya como los ángeles, porque su luz está apagada.

— ¿Qué hace el señor marqués?

— Está con algunos amigos muy singulares... Anda de jarana... ¡Oh! dispensad, noble dama, se me escapó sin querer... Y es que Peiragude me decía hace un momento: « Ves tú, Francisca... »

La marquesa la interrumpió

— Bien está; dijo. — Podéis retiraros.

Apenas cerrada la puerta tras de la vieja servidora, el rostro crispado de la señora de Villanueva-Marsan, adquirió expresión de terror indecible.

— ¡Dios mío, Dios mío! — suplicaba uniendo las heladas manos — no me abandonéis, no os alejéis de mí. Inspiradme por el contrario un medio de impedir la desgracia que nos amenaza, de frustrar la tenebrosa conspiración... Quieren arrebatar me á mi hija y mi

hija se presta á ello; ¡salvadla, Señor! ¡Devolvedmela, Dios mío!

Tal vez una respuesta secreta á su súplica desesperada llegó en aquel momento á reavivar su esperanza, por cuanto púdose verla sonreír tristemente mientras pensaba:

— La cosa no ha de producirse esta misma noche; no es de creer que los raptos se muevan enseguida. Tengo pues tiempo suficiente. .

Entonces, como le sucediera ya la noche misma de su llegada á París, dióse á revivir el pasado.

¡Lastimosa en verdad había sido su existencia!

Cierto que sus sueños de muchacha llegaron á realizarse; cierto que, luego de casada con Jacobo, ¡fecha memorable la de la boda! la Providencia había colmado sus esperanzas fecundando su seno, dándole, pródiga más aún que generosa, dos querubines al mismo tiempo; pero ¡qué terrible despertar el suyo, tras del brevísimo período de inefable dicha! Su hija Genoveva desaparecida, robada; su esposo encarcelado, ella sola en Bonaguil durante diez años, sin otra compañía que la de su otra hija...

Sin embargo de que la causa de todas sus desdichas era el odio que, por celos, le tenía Catalina de Médicis, la marquesa María habíase prometido perdonar á dicha reina su fría ferocidad en el caso de que la italiana llegara á arrepentirse un día.

Hubo un momento en que creyó que el alba radiosa de ese día iba á levantarse en fin, en el horizonte de su existencia. El levantamiento de su destierro coin-

cidía con la gracia y el retorno al hogar del gran marqués, permitiéndole alimentar tan grata esperanza... Y he aquí que ésta acababa de desvanecerse, arrastrada por huracán tempestuoso.

— Todo acabó; — decía la sin ventura. — Cuanto hay en mí de íntimo y de femenino hase sublevado desde el primer instante, por instinto ó por presentimiento. El hombre que ocupa en esta casa el sitio de mi señor y amo, no ha logrado engañarme nunca con la mentira de su falsa identidad. No obstante su parecido con mi Jacobo y á pesar de la precisión de los recuerdos por él evocados, el subterfugio era demasiado grosero para que yo pudiese equivocarme. Ese remedo del más noble de los caballeros ignora la existencia del pasaje secreto, y se entiende con miss Huming para alojar á Solange y apartarla de sus deberes... La presencia aquí de ese individuo; cómo no lo he visto antes! es una nueva invención de Catalina, una invención más negra, más ignominiosa que todas las demás, con serlo estas tanto. ¿En qué cenagal va á buscar esa italiana sus servidores? Una idea terrible me asaltó entonces. Natural era que pensara que mi Jacobo había muerto puesto que un intruso ocupaba su sitio. Y sin embargo esa idea no ha arraigado en mi cerebro, del que la arrojaban otras dos, es decir, otras tantas razones igualmente reconfortantes: en primer lugar ese ruido especial de un resorte que se distiende, y que yo pude oír distintamente detrás de la tapicería del Primateo; luego la vista de ese perro que no es un fantasma puesto que ha robado, puesto que derribó á

Francisca... de ese perro que fué á refugiarse precisamente en el tragaluz que corresponde á la cava cerrada. Luego, el relato hecho por el joven caballero ha fortificado todas mis dudas. ¡Cuánto, cuánto bien me hicieron las palabras de ese fogoso Bernardo de Arma, tan parecido á Blanca, y como se estremecía mi corazón al oírle narrar las peripecias heroicas de la evasión, del combate gigantesco sostenido por un anciano minado por la fiebre y un adolescente contra una banda de asesinos! ¡Y el otro que parecía no comprender! ¿Cómo ha de comprender tal lenguaje ni tales hechos ese ridículo fantoche que se adorna con una piel de león que le viene demasiado ancha? En sus gestos, en sus vacilaciones adivinábase que empezaba á considerarse perdido y que su pérdida era irremediable si el gran marqués, el verdadero, el único, pertenece aún al número de los vivientes...

La marquesa María se estremeció al pronunciar esta última frase. Parecíale que una voz que no era la suya, la repetía, irónicamente. Esta consideración la restituyó al mundo real, del que por un momento habíase alejado mentalmente.

— ¡Vivo! — repitió procurando ahogar los sollozos que desgarraban su pecho. — Creí que lo estaba aún, me esforcé en creerlo, y ya ¡oh Dios! ya no lo creo. Porque si mi Jacobo hubiese escapado de Vincennes, si hubiera conseguido burlar las traicioneras emboscadas, si perteneciera aún al número de los vivientes, cómo, Dios de bondad, cómo no había de hallarse ya aquí, en su casa y al lado de los suyos? ¿Cómo, sa-

biéndonos abandonadas, su hija y yo, sumidas en el desconsuelo y obligadas á soportar las exigencias de los miserables sedientos de honores y de riquezas, cómo había de dejarnos ni el espacio de un instante en la soledad y en el desamparo? No; si mi Jacob no ha acudido ya en socorro de los suyos pasando por ahí, — añadió la marquesa señalando con el dedo el tapiz que representaba la caza de San Huberto — si no ha cumplido ya el más sagrado de sus deberes, es porque lo han asesinado villanamente en el camino; es porque el amor de mis amores ha muerto lejos de mí. ¿Á qué hacerme ilusiones? Es indudable que soy viuda.

Tras un momento de muda pero violenta desesperación, continuó la infortunada :

— Grande es mi infortunio como esposa, y no menos grande el que me hiere como madre. Nada me es dado hacer por un marido muerto sin duda aunque mi corazón se ha obstinado en creerle con vida; pero estoy en la obligación de salvar á mi hija. Desgraciadamente estoy tan sola, tan sola...

En el alma de la marquesa libraron entonces horrible lucha dos sentimientos : su cariño de madre que le aconsejaba la humillación, ir á arrojarse á los pies de la reina, su peor enemiga, en demanda de piedad para Solange, y su dignidad que la excitaba á resistir, á no inclinarse ante la gran Catalina, verdugo de su marido, y causa de todos sus infortunios.

De la lucha salió vencida la dignidad.

Bruscamente, con decisión. secas las lágrimas por

el fuego de la fiebre, la marquesa Maria tomó una pluma y escribió.

¿Qué escribía? Sin duda la abdicación definitiva, absoluta, de su orgullo, por cuanto la pluma corrió sin vacilaciones á lo largo del pergamino. Puesta la firma al pie de los renglones, la noble dama tomó el mensaje en sus manos temblorosas, disponiéndose á leerlo en alta voz.

Y en aquel preciso momento, se produjo un ruido imperceptible detrás de la tapicería de alto lizo que ocultaba la puerta secreta; algo así como si una mano invisible procurase encontrar el secreto de la cerradura.

Pero la marquesa no oyó nada, absorta en su lectura.

« Reina poderosa, — decía el documento — ilustre soberana y magnánima majestad; una de vuestras antiguas damas de honor, una mujer culpable de no haber sabido reconocer, como hubiera debido hacerlo, el alto favor con que os dignasteis honrarla, una vasalla humilde y arrepentida llega á postrarse á vuestros pies en demanda de gracia.

« Jacobo de Villanueva-Marsán, mi esposo bien amado, acaba de entregar á Dios su alma hermosa, si he de creer las noticias que me han dado. Sólo en él, á quien tanto quise, debería pensar en este momento. Pero es el caso, señora, que precisamente en los momentos en que mi corazón sangra por una incurable herida, cuando más hondo es mi duelo, se pretende arrebatarme á mi hija.

« Probablemente os han dicho, ¡oh reina compasiva! que mi marido me ha sido devuelto, y que con este motivo la felicidad se ha hospedado en mi casa; y probablemente también vuestra admirable solicitud ha visto satisfecha con la noticia de mi propia satisfacción.

« Nada menos cierto. Mi casa alberga un impostor quien por artes que me son desconocidas y por virtud de su parecido con el difunto marqués, ha venido á substituirse á él, y á hacer y deshacer en nombre del muerto, de quien en verdad parece una reencarnación, bajo el punto de vista físico se entiende, que no por lo que á lo moral respecta.

« ¿Y sabéis, reina magnánima lo que ese hombre pretende hacer? Pues el despojador del leal y desgraciado marqués proyecta arrebatarme á mi Solange, á mi hija, que es al mismo tiempo mi esperanza postrera, la única razón de mi existencia. Quiere comerciar con su cuerpo luego de haberla hecho despojar de su corazón.

« Auxilio, señora, auxilio; os lo imploro prostrada, besando vuestras rodillas, que humedezco con mis lágrimas. En nombre de la divina madona que en vuestro oratorio tiene al niño Dios entre sus brazos, escuchad, madre real, la plegaria de otra madre; conservadme á mi Solange, y deseosa de probaros su infinito reconocimiento, por vos y por los vuestros, la más humilde de vuestras servidoras se hallará siempre pronta á todo... María de Villanueva-Marsan.

Doblado y sellado el pliego que contenía la lamentable súplica disponiase la marquesa á hacerlo llevar

al Hotel de Soissons por uno de los jóvenes Peiragude, cuando por la abierta ventana llegó hasta ella un grito de angustia que parecía proceder del rincón más apartado del parque.

— ¡Ange! — exclamó sobresaltada. — ¡Es la voz de Ange! ¡Señor! ¿resultará inútil esta traición á mis convicciones más sagradas? ¿Habré esperado demasiado para cometerla?

Dejando sobre la mesa el pliego revelador de su humillación vergonzosa, la marquesa abandonó la estancia, y voló en socorro de su hija, ajena en absoluto al peligro que podía amenazarla, desnuda la cabeza y sin velar el seno que poco antes desgarrara ella misma con sus uñas en el paroxismo del dolor y de la desesperación, generadas por la certidumbre de su inmenso infortunio.

Oíanse al mismo tiempo diversos ruidos. Alguien corría por el parque; del ala oriental del palacio llegaba el eco de grandes risas y de canciones báquicas; algunos jinetes alejábanse á trote largo por el lado de la calle de Beaume; sólo la cámara de la marquesa permanecía silenciosa desde el momento en que María la abandonara.

Este abandono duró poco. De pronto, el lienzo de pared cubierto con la tapicería que representaba la caza de San Huberto se movió silenciosamente, una parte de él deslizóse sobre sus ranuras, y como se estableció una corriente de aire entre la ventana de la habitación y el hueco que acababa de quedar al descubiertó, la llama de la luz vaciló, estando á punto de apagarse.

Algo así como un extraño movimiento se produjo entonces en la penumbra del hueco recién abierto, y durante un momento pudo verse destacar en ella la silueta de un hombre de elevada estatura. Aquel genio de las murallas no dió un paso siquiera hacia la luz, contentándose con murmurar, como si se hablase á sí mismo :

— El sufrimiento tiene sus límites, y creo que ya he permitido demasiado... Esa mentira arrancada á la angustia maternal no llegará á su destino. ¡Lo que reiría Catalina si esa santa reliquia de la abnegación llegase á caer en sus ensangrentadas manos!

El hombre silbó.

Un momento después, y en la órbita de luz, mostróse un perro de larga y mal cuidada pelambre.

Llevó el singular visitante las manos á su cuello, apoderándose de un cordoncillo de seda que rompió de un tirón, retirando del mismo una especie de saquito de piel flexible, algo abultado que presentó enseguida su compañero de cuatro patas, diciéndole al mismo tiempo :

— Sobre la mesa... ¡anda!

Aquel animal, que aunque sucio, debía ser muy inteligente, tomó el objeto entre sus colmillos, y sin equivocarse corrió á ponerlo sobre la mesa, junto al pergamino escrito por la madre de Solange, regresando enseguida satisfecho, á juzgar por los desordenados movimientos de su cola.

— ¿Y el pliego? — preguntó el hombre.

La mirada casi humana del animal parecía pedir más explicaciones.

— ¡Cruz de Cristo! — dijo el misterioso y prudente personaje. — El pliego, Diógenes; ¡allí, el pliego!

Nuestro antiguo conocido Diógenes comprendió sin duda, pues volviendo á la mesa en el acto, atrapó la súplica dirigida á la reina-madre, sumiéndose enseguida en la sombra del corredor.

Un momento después el lienzo de pared ocupaba su sitio quedando de nuevo reconstituida la escena de la caza del buen San Huberto.